

Año XXXII.

Madrid, Jueves 1.º de Agosto de 1912.

Núm. 31.

Suscripción "Sánchez Pérez"

	Pesetas.
Suma anterior	188'50
D. Fernando Jurado. (Pedro Abad).....	1'00
D. Manuel Ortega. (Alcaudete)	0'50
D. Miguel Clavell. (Barcelona)	5'00
D. José Chova. (Gandía).....	1'00
Un desconocido. (Madrid) ...	5'00
D. Carlos Zorzano. (Montilla).	2'00
D. V. G. (Zaragoza).....	1'00
D. José Bonet. (Gracia).....	1'00
D. A. Soler. (Idem)	2'00
D. M. Casas. (Idem).....	5'00
D. R. Rufiandis. (Idem).....	5'00
Suma y sigue.....	217'00

La "Semana Trágica" en Roma

Era en aquellos tiempos en que el ser católico no consistía solamente en cortar cupones de la Deuda, cobrar rentas de propiedades de ignorado origen, comer hostias, rezar malignidades é intrigar por matar el tiempo. Eran más bien los tiempos en que el católico probaba su fe luchando a cuerpo descubierto con el enemigo, sacrificando hacienda, vida y hogar. En estas luchas se ganaba el título de «católico».

Pero ya entonces, mientras la nobleza del genio y de la sangre probaba su fe en el campo de batalla, el clero se iba convirtiendo en el *Tenardier* que seguía los ejércitos para llevarse el botín de vencedores y vencidos, de vivos y de muertos, de moros y de cristianos.

Mientras el caballero y el capitán guerreaban en feroz lucha, el obispo y el sacerdote seducían sus hijas y adulteraban con sus esposas. Mientras el soldado rugía blasfemias emplazando á Dios á librarle de la muerte y á restituírle á su hogar, el fraile lo prostituía y cantaba glorias y Kyries de gracias al cielo.

La inmoralidad sacerdotal corría desenfrenada por Europa invadiendo pueblos y Cortes.

Las concubinas de los papas eran elevadas sobre las reinas; sus bastardos eran impuestos en los matrimonios de los príncipes so pena de incurrir en la maldición pontificia.

El sacerdocio, apologista de la virginidad en sus teorías, era vehículo de to-

da suerte de degradaciones en la práctica. Los papas Borjas, Colonnas, Orsinis y Farnesios, elevaban á duques y príncipes á los engendros de su cinismo, devorando la Italia; los cardenales y obispos españoles, los Mendozas, Carrillos, Manriques y Córdobas, devoraban á España y erigían en señores de los pueblos á los hijos de sus adulterios.

El desenfreno era infinito. Los ministros de Dios administraban, juntamente con los sacramentos, el veneno, la puñalada, el robo, la seducción y el escarnio.

Tentaban una ley prohibiendo el crimen á los otros, para monopolizarlo frailes y clérigos; ellos cometían el crimen y se lo absolvían después de cometido ó se lo dispensaban antes de cometerlo. Ellos se decían manantiales de la ley y manantiales del perdón.

Un lego era enviado á la hoguera por decir que la virginidad era una virtud ficticia; el Papa, el obispo y el abad que lo quemaban, sentaban sobre las aras del altar á sus mancebas.

Un lego era quemado por decir que el clero era avaro y que la avaricia es un vicio; el fraile y el Papa que lo quemaban se disputaban como perros las prebendas, vendían en subasta escandalosa reliquias y ordenaciones, y ponían arancel de indulgencias y dispensas.

El templo era un patíbulo y una cueva de ladrones.

El pueblo católico estaba más que horrorizado, asqueado. Los ministros de la religión oficial eran los sacerdotes ociosos de la maldad. Predicaban pobreza á los otros, y ellos se enriquecían. Mandaban justicia y ellos comían de la iniquidad. Ensalzaban la castidad en la plaza y en el pulpito, y en la sacristía y en el claustro hacían enrojecer de vergüenza á los sátiros de las selvas.

Contra esta hipocresía vino el plazo inevitable: la *Semana Trágica* en la propia Roma.

Eran los ejércitos católicos que el día antes habían luchado contra Mahoma en nombre de Cristo, los que, ondeando el estandarte de Santiago, iban á librar batalla contra el Anticristo.

Las huestes no se habían formado en escuelas ateas y anarquistas, sino en esta escuela de la verdad evidente y de la venganza justiciera.

Y he aquí un sucinto relato de aquella *Semana Trágica*, tomado de la *Historia de España* de Lafuente:

«Nos falta aliento, exclama al llegar aquí un historiador de nuestro siglo, para referir por menor tantos horrores. Atila, á la cabeza de sus hordas salvajes, habla respetado á Roma, defendida por

la majestad de sus pontífices; Alarico y Genserico la habían saqueado dos veces, pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licenciosa ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saqueo de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no había visto el siglo vii: soldados ebrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades; cardenales aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada, abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos; hijas deshonradas á los ojos de sus madres. Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres días, sino ocho meses; bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habían dado su fruto; Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habían dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martín Lutero bajo los muros del castillo de Sant-Angelo, los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos las víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que crueles, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia, se dormían como muertos en los conventos de que habían hecho sus serrallos; pero los españoles eran desapiadados: habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisición, parecían gozar más en los suplicios que en el vino y la lujuria.

El que hace esta triste descripción es Rosseew-Saint-Hilaire en el libro XXI, capítulo IV de su *Historia de España*. En la historia de los Frundsberg, de donde parece que lo ha tomado, se dice (tomo II, p. 114 v). «Se ató á muchos cardenales, obispos y preladados, las manos á la espalda, y se los paseó por las calles hasta que pagaran su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las

iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del Papa Julio II un anillo de oro. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos. Los españoles especialmente se excedieron con las mujeres y las doncellas á la vista de sus padres y amigos. Los alemanes se contentaron con comer y beber, y con módicas contribuciones; pero los soldados andaban sin freno; como no tenían jefes.»

«Se calcula (añade en el folio 115) en diez millones lo que se robó en objetos de oro, de plata y piedras preciosas.» «Los lansquenets se pusieron los birretes de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas y recorrieron asil as calles montados en jumentos, haciendo así bufonadas y mojigangas...»

«Duró esta obra no santa (dice nuestro obispo Sandoval) seis ó siete días, sin el primero, en que fueron hechas mayores fuerzas é insultos de los que aquí se puede decir. Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII por su mala y ambiciosa condición.»

CONCLUSION

¿Quiénes eran los jefes de este movimiento?

No era Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna, sino el Emperador Carlos V, heredero del Rey Católico.

¿Quiénes eran las masas asaltantes? No era la *morrialla popular*, sino el mismo ejército imperial que llevaba á tierras de infieles el estandarte de la fe, y á tierras de hipócritas canallas el estandarte de la vergüenza y de la justicia.

Eran los más grandes generales de la epopeya hispana los ejecutores; los más sabios políticos del tiempo, los consejeros-obispos patriotas y los insignes maestros de la era de oro de nuestras Universidades.

Era el Estado español que no consentía las traiciones vaticanas; la teología que arrancaba la máscara á la curia romana; la conciencia moral de un pueblo católico, asqueada y harta de la *morrialla* vestida de púrpura y cubierta de escapularios.

El Papa, vencido y desarmado, que el día antes en nombre de Cristo excomulgaba al soberano creyéndose invulnerable en su abroquelamiento, al día siguiente le dió la absolución general y le consagró Emperador imponiéndole el óleo del Espíritu Santo, cosa que no consiguieron el beato Carlos el Hechizado, ni el ajesuitado Fernando VI; sólo Carlos V y Napoleón Bonaparte merecieron esta indulgencia plenarísima y esta unción sacrosanta. Y ambos, después de celebrar en Roma la solemnidad de la *Semana Trágica* para el clericalismo, y *gloriosa* para las armas imperiales.

Entonces quedó consolidada la paz del Estado, y el Vicario de Cristo recordó que la corona de oro y de diamantes no es la conquistada y lucida por su Maestro en el Calvario. Este pedía que le qui-

tasen la corona; el Papa se queja de que le quiten la suya. Cuando á Cristo le quitaron su corona, fué semana de gloria; cuando al Papa le quitan la suya es *Semana trágica*. No por ser corona, sino por ser de diamantes. Y al ponerle la de Cristo, la renuncia y abdica: «Para los otros.»

La guerra civil

«Que un día ú otro, mañana ó dentro de diez anos, de veinte años, con monarquía ó con república, ha de estallar la guerra civil que se viene elaborando en conventos, iglesias y asociaciones religiosas, nadie lo duda, ni nadie tampoco podrá evitarlo. Que crezca y se desarrolle, esto sí que está ya en nuestra mano impedirlo.

Medios para lograrlo hay muchos; hoy me imitaré á indicar algunos de los que deben adoptarse inmediatamente que estalle, á fin de que la opinión se vaya formando poco á poco, y, llegado el momento, obremos sin vacilaciones.

En el instante mismo que se reciba en cada localidad la noticia del levantamiento de la partida más pequeña, deberán reunirse todos los ciudadanos que amen la libertad, sin distinción de matices, y, armados de palos, picas, fusiles, escopetas y algún cartucho que otro de dinamita por lo que pudiera ocurrir, dirigirse á los conventos de frailes de sus distritos respectivos. Lo que allí deban hacer, lo determinarán las circunstancias; pues aparte que no pueden fijarse reglas generales para estos casos, conviene dejar algo á la iniciativa de los que, por ser de la localidad, conozcan las salidas y entradas públicas y secretas de los conventos, y estén al tanto de los servicios que sus moradores hayan prestado al vecindario.

Se enviarán instantáneamente dos ó tres divisiones á las provincias sublevadas, al mando de jefes y oficiales que no tengan interés en prolongar la guerra, como sucedió en la última, y se les recordará, para que lo imiten, el procedimiento de Prim en Montealegre. Y no estaría de más que se llevaran unos cuantos haces de teas para venir incendiando desde la frontera francesa acá todos los pueblos y caseríos que sirvieran de albergue y defensa á los carlistas, previa invitación á sus moradores para que los abandonasen, á fin de no causar más víctimas que las absolutamente precisas. Así daríamos testimonio de nuestro natural humanitario y nos ahorraríamos municiones. Siempre es conveniente hermanar la utilidad con la economía.

Se sacará una fuerte contribución de guerra en toda España á las personas recientemente adeptas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados y no pague el país los vidrios que rompa el clericalismo con boina. Y deberá hacerse tan equitativamente, y en tal proporción, y con tanta eficacia, que al acabar la guerra no haya aumentado en

un céntimo la deuda pública y queden todavía unos millones de remanente para indemnizar á los liberales que hubieren sufrido pérdidas de cualquier clase.

Se traerán á Madrid los arzobispos, obispos y curas de influencia en el carlismo, y se les obligará (siempre respetuosos con el sufragio, á nombrar dos ó tres representantes de su seno, que vayan á convencer á los facciosos de la conveniencia de deponer las armas, quedando aquí en rehenes los demás para responder subsidiariamente de la conducta de sus amigos; sabia y previsora medida que hará entender á todos, más que ninguna otra, el firme propósito de impedir á todo trance la guerra. Y es seguro que los elegidos para tan hermosa y humanitaria comisión, volverán con el ramo de oliva en la mano, símbolo de paz que hará palpitante de alegría el corazón de todas las madres españolas.

Se incautarán los ayuntamientos de todas las alhajas de las iglesias para que los curas no las vendan y empleen su producto en balas y pólvora con que matar á nuestros soldados.

Se retirará toda clase de asignación al clero, para impedir que vaya á parar á manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata; y se trasladará á todos los curas de las provincias insurrectas á las que estuvieren tranquilas, á fin de que puedan entregarse con todo sosiego á su misión de paz.

Apelando á estos sencillos medios, habría casi la seguridad de que las madres españolas no perderían en la lucha fratricida sus hijos; mas si á pesar de todo continuase, tengo otros planes en cartera, que reservo para darlos á conocer oportunamente, uno de ellos el de formar consejo de guerra á los curas en el instante que se recibiera en sus pueblos respectivos la noticia de haber muerto á mano de los carlistas un hijo de él.

Habrà tal vez liberales meticulosos que juzguen esto un poquillo fuerte, pero á esos debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado los precauciones que indico para impedir el desarrollo de la venidera, no hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó.

Y no hay que olvidar que la guerra que se elabora hoy en los antros del clericalismo ha de ser, si no impedimos su desarrollo, más terrible que las anteriores, porque es la última esperanza del jesuitismo y de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Conque á no dormirnos; y ya que los carlistas se preparan para las aventualidades del porvenir, no pequemos nosotros de descuidados, pues esta apatía se paga luego con ríos de sangre, mares de lágrimas y montes de oro.

Alguien juzgará peligrosos los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar á muchos indiferentes al

campo centrario. Error. Lo único que alienta á los que luchan en nombre de ideas caducas, es la debilidad de los que deben combelirlas y ahí está la Historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto á promover guerras el clericalismo, desde que el general Hoche apeló á medidas enérgicas en la Vendée.»

Escribí ese artículo en 1879, cuando aún no estaba seca la sangre vertida por el carlismo, y los edificios incendiados humeaban todavía, y no se habían extinguido del todo los ecos de los fusilamientos infames perpetrados en nombre de Dios y por orden de un imbécil sanguinario con corona de talco. Lo he reproducido dos ó tres veces; siempre que he creído posible un alzamiento carlista; y he trabajado sin descanso desde entonces para ver si podía evitar á mi patria la tercera guerra civil.

No he sido secundado apenas: lo mismo liberales, que republicanos, que socialistas han negado hasta hace poco que existiese problema clerical (carlista, mejor dicho) en España; y debido á esto, y á la indiferencia con que todos han visto crecer las Ordenes religiosas; al apoyo que los gobiernos han prestado al carlismo por temor á la revolución; al error que cometieron algunos republicanos aliándose con los carlistas para fines electorales en odio á otros republicanos, ese partido ha tomado tales vuelos, que antes de un par de años nos sumirá en los horrores de otra guerra civil.

Mas habiendo yo dedicado la mayor parte de mi labor política á combatir al carlismo, causante del atraso, la ruina y la degradación de España, me creo en el deber de ampliar ese artículo, escrito hace treinta y tres años, con unas cuantas ideas prácticas, para que las vayan estudiando los españoles que aman la patria, la honra, la libertad y el progreso.

Como se verá, no he querido ir muy allá, porque seguramente subsistirá la monarquía cuando los carlistas se echen al campo. Si estuviéramos en República, hubiera lanzado otras de mayor eficacia.

¿Que cómo yo, republicano, apunto ideas que puede aprovechar la monarquía contra el carlismo? Porque para mí el carlismo es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno; y la monarquía constitucional, aun estando tan mistificada y clericalizada como la de España, representa todavía un gran progreso sobre el carlismo, negación absoluta de todo progreso.

IDEAS PRACTICAS

Censo carlista

Lo primero que debemos comenzar á hacer desde ahora los liberales (en esta denominación meto á todos los que no sean carlistas), es nombrar en cada localidad una comisión de hombres probados é inteligentes, que se encarguen de vigi-

lar con sigilo á todos los carlistas, llevando un Registro donde consten los laborantes de uno y otro sexo, con expresión de su domicilio, profesión, posición, parentesco y demás antecedentes que puedan interesar en su día.

En las grandes ciudades, todo liberal que pase por delante de un convento, asilo ó cualquier centro sospechoso, debe tomar nota del número ó escudo de los coches y automóviles parados á sus puertas, é investigar quiénes son sus dueños, pues estos serán los que en su día formen el convoy para transportar fusiles, municiones, bombas y gente maleante.

La experiencia es madre de la ciencia, y los recientes acontecimientos de Portugal deben aleccionarnos.

Agentes provocadores

Es sistema jesuitico disfrazar de revolucionarios á algunos de sus adeptos, para que se confundan con los verdaderos en las reuniones y manifestaciones públicas, den gritos subversivos y lancen provocaciones que obliguen á la fuerza pública á atacar al pueblo.

Estén muy prevenidos los liberales, y no secunden jamás el grito ni el acto de un sujeto desconocido ó sospechoso; y si llegan á cerciorarse de que es clerical, entréguelo á las autoridades.

No hay que olvidar que el Hermano Fuchs, de Deusto, confesó haber ejercido este oficio en Bilbao por mandato de sus superiores.

Focos infecciosos

Al aparecer en cualquier localidad ó región una partida carlista, los liberales deben marcar con pez, almazarrón u otro ingrediente que imprima carácter, la fachada de las casas de los carlistas, cubiertos ó encubiertos, á fin de que las autoridades ejerzan sobre ellos la mayor vigilancia, y puedan desbaratar á tiempo los planes que traten de poner en práctica para mantener y prolongar la guerra.

El procedimiento de la marca es católico puro. Lo adoptaron la noche de San Bartolomé para señalar las casas de los hugonotes que pensaban degollar, como efectivamente los degollaron.

Por si acaso

Si los hombres que estuvieren al frente del Gobierno cuando los carlistas se echasen al campo, no obraran en los primeros momentos con la energía y la decisión necesaria, dando lugar á que se les creyese traidores á la Constitución y á la Monarquía que juraron defender, el pueblo deberá no dormirse y encomendar desde luego la defensa de las libertades patrias á su propia iniciativa y á su propio esfuerzo.

Esto es lo que hicieron nuestros antepasados en la guerra de la Independencia, y no les fué mal.

Embargo inmediato

A los tres días de estallar la guerra ci-

vil, deberán ser embargados los bienes muebles é inmuebles de los carlistas de toda España, y de sus cómplices y encubridores, y al mes vendidos en pública subasta, dando toda clase de facilidades para el pago.

Esto, además de obedecer al principio de justicia de que pague los vidrios el que los rompa, nos permitirá atender desembarazadamente á todos los gastos que la guerra ocasiona.

Rogativas por la paz

Al acercarse los carlistas á una población cualquiera, los habitantes invitarán á los curas (y á los frailes si los hubiere), con aquella cortesía propia de las Reales cédulas de ruego y encargo, y con los apremios establecidos por los Reyes Católicos, á salir inmediatamente en procesión solemne, con el Santísimo y todas las imágenes de la parroquia (ó parroquias) y las cruces, y las mangas y los estandartes, acompañados de todo el personal de las órdenes religiosas, implorando del cielo la gracia de la paz. Y en esta guisa, y en vanguardia, avanzar hacia los que se venian en son de guerra, yendo detrás los vecinos armados para defenderlos, si los carlistas osaban agredirlos.

Lo que fijamente no harían, por ser ellos muy católicos y temerosos de Dios.

Ante una sorpresa

Si en algún pueblo se presentasen de improviso los carlistas, y los liberales no tuvieran tiempo de organizar la procesión de rogativas, deben correr á refugiarse en los conventos, los palacios episcopales y las iglesias.

De este modo, si los carlistas lanzaban bombas de dinamita para rendirlos, tendrían el gusto de morir abrazados á sus religiosos moradores.

Precaución y prudencia

Si al pasar frente á algún convento, el pueblo se encontrare con que, á estilo de los jesuitas de Lisboa, le arrojaban bombas de dinamita, según han dicho que harán cuando se les presente ocasión los de Barcelona, diríjase sin perder tiempo á las moradas de los católicos ricos más renombrados por su celo devoto, y trasládenlos respetuosamente al sitio donde las bombas caigan, para que disfruten también del agasajo piadoso.

¿Qué mayor ventura para ellos que entrar anticipadamente en el cielo empujados por la piadosa mano de sus hermanos en Cristo!

En caso de colisión

Si en cualquier punto, la propia defensa ó el ataque á los carlistas hiciera necesario asaltar un convento de jesuitas, no se clviden los militares ó los paisanos que lo verifiquen de que, además de bombas explosivas, tienen instaladas corrientes eléctricas en puertas, ventanas y pasillos, y que deben, por lo tanto, cortarlas lo primero.

La previsión es la primera virtud de

los que se dedican a la caza de fieras y de los que luchan con enemigos que no pelean noblemente.

Con pagar, en paz

Si al verse perdidos los carlistas enarbolasen en algún edificio de jesuitas ó de frailes una bandera extranjera, no se detengan por esto los liberales, si les es necesario tomarlo con un fin estratégico. Las reclamaciones que pudiera haber luego, y que probablemente no habría, serían sobre la mayor ó menor cantidad de la indemnización; y esto debe tenernos sin cuidado, porque se cargarían todas á la cuenta de los bienes vendidos á los carlistas y á sus cómplices.

Los vencidos son siempre los que pagan la indemnización de guerra, según uso y costumbre.

Pero basta por hoy de apuntar ideas prácticas para impedir, ó por lo menos acabar pronto la guerra que nos regalarán pronto los esbirros del clericalismo.

En números sucesivos apuntaré las que se me vayan ocurriendo, pues no soy de los que acostumbran á poner la luz bajo el celemin.

Jugar con fuego

A los monárquicos les ha ocurrido con los carlistas, lo que á muchos dinamiteros con las bombas que construlan ó transportaban, y que les estallaron en las manos sin conseguir el propósito que perseguían.

Por miedo á la revolución han halagado, mimado y ayudado al carlismo, y ahora se encuentran con que el carlismo se pregunta:

«¿Para qué tengo yo esta organización? Para utilizarla en beneficio de mis ideas.

«¿Y este apoyo oficial y extraoficial? Para completarla.

«¿Y este dinero que me proporcionan los curas y los frailes que trabajan por la venida de D. Jaime? Para comprar fusiles y municiones.

«Y los fusiles y las municiones ¿para qué sirven? Para disparar tiros en cuanto vengan los republicanos.

«Y si los republicanos no vienen ¿en nombre de qué principio podrá negárseles el derecho á dispararlos contra los monárquicos de la segunda rama, que son precisamente á los que nuestros antepasados combatieron? En nombre de ninguno.

«Pues á ello. Y ¡pim, pam, pum!, y á robar, incendiar, violar, fusilar y asesinar, hasta conseguir que vuelvan todas las cosas al ser y estado que tenían antes del año 1820.»

Y al pensar así, son lógicos los carlistas; tan lógicos como necios serían si emplearan su organización y sus fusiles en defender el trono Constitucional.

Esto, suponiendo que quienes los dirigen no estén decididos á mantenerlos

siempre en la equívoca situación que ahora, porque así les convenga á ellos.

JOSE NAKENS

El que no te conozca...

El duque de Solferino, jefe regional de los carcas catalanes, publicó un Manifiesto haciendo constar que los de su partido no deben provocar á nadie y despreciar los insultos que se les infieran; y que el que no acate dichas disposiciones, lo considerará expulsado del partido.

El duque no puede haber dado en serio ese Manifiesto, porque demostraría no conocer á sus correligionarios. Si no fueran provocativos y salvajes ¿serían carlistas?

Por mi parte, le doy á esa declaración el mismo valor legal y decente, que al abrazo que ese mismo Solferino dió á Salmerón cuando lo de la Solidaridad.

A buena hora

El obispo de Barcelona hizo leer el domingo al cura de Granollers, mosén Brossa, en la misa mayor, un documento, en el que se declara:

«Que la Iglesia no está unida á ningún partido.

«Que la Iglesia condena todo linaje de violencias.»

Dos comentarios bastarán para poner los puntos sobre las *ies* al documento.

1.º O el obispo ignora que el Brossa ha tomado parte activa en los sucesos de Granollers, y en tal caso se acusa de inepto para el cargo por no enterarse de lo que todo el mundo sabe, y que él debiera saber el primero, ó lo ignora, y por ende, procede la dimisión.

2.º Y si sabe que Brossa figura al frente del carlismo de su parroquia y dirige las violencias que le atribuye la fama, en este caso, según su propio documento, está fuera de la Iglesia y ejerce con público escándalo lo que la Iglesia condena; y por ende, al tolerarlo se hace cómplice suyo y se coloca él también fuera de la Iglesia.

Y, por consiguiente, ó es falso que la Iglesia condene las violencias y no esté unida á ningún partido, ó el documento es una impostura para seguir cobrando y armando requetés. Y los impostores y las imposturas tienen tratamiento penal señalado.

¿Que no es impostura eso? Pues vamos á verlo, señor obispo de Barcelona.

El MOTÍN invita á los Casinos de Barcelona á nombrar una comisión para pedir al obispo que bendiga las banderas republicanas en la misa mayor de la catedral, al toque de corneta y de la *Marsellesa*.

Si se niega á hacerlo, queda cogido en sus propias palabras; y *por la boca muere el pez*.

Y si lo hace, queda esterilizada la bendición de las banderas carlistas.

¡A verlo, Sr. Laguarda, á verlo!

A cumplir su palabra inmediatamente.

O bendice las banderas republicanas, ó rasga el documento.

En carácter

El periódico del hijo del *Chapa* dijo hace noches:

«La intervención de los carlistas españoles en la guerra civil portuguesa, mejor dicho, en sus preparativos, ha sido poderosa y eficaz, y de ella debemos mostrarnos orgullosos porque demuestra que nuestros apreciables vecinos, sin duda por lo de San Feliú y *sus similares*, están enterados de cómo procedemos los legitimistas del lado de acá del Miño.»

Como procedieron siempre los carlistas de arriba; traidora y alevosamente, para venirse luego, como el Llorens ahora, diciendo *tío, yo no he sido*, cuando creyó que podían exigirle alguna responsabilidad.

Pero lo que ellos dirán: «mientras haya imbéciles que nos hagan el juego, ¿por qué no hemos de fantochar y escuchar por el colmillo?»

EL CARLISMO

Ni Dios, ni patria, ni rey

No, carlistas: no tenéis ya Dios. Por lo menos, no tenéis el Dios de antes. Os lo han birlado.

Vuestro Dios era antiliberal, anticonstitucional, antidemocrático: era el Dios cuyo vicario está en Roma y cuyos ministros auténticos son los obispos y el clero. La expresión más sublime de este Dios, la expresión más carlista, más recalcitrante y más intransigente, era el *Sagrado Corazón de Jesús*, y éste os lo han quitado de las manos. El Estado español ha ido á Chamberí y á Loyola representado por Maura y Canalejas á hacer ejercicios espirituales, y como sabéis, esos ejercicios son coloquios con el *Sagrado Corazón de Jesús*, y de estos ejercicios han salido todos convertidos.

El *Sagrado Corazón* ya no es antidinástico, ni anticonstitucional, ni antidemocrático: la Constitución, el liberalismo y el Estado liberal ya no son *enemigos de Dios*, sino que han hecho profesión solemne de catolicismo puro, con todos los votos.

En el Congreso Eucarístico se hicieron estas alianzas.

La consagración trae consigo muchas consecuencias. 1.º La enseñanza clerical, superior á la del Estado. Un fraile podrá pasarse las horas de clase enseñando á sus alumnos á decir: pestes de la enseñanza oficial; pero si un profesor oficial le replicase una sola palabra, será *reo* del Estado consagrado. 2.º La justicia

será dirigida por la Defensa Social. ¡Ay del juez y del tribunal que se atreva a resistir sus indicaciones! En cambio los de la Defensa podrán acribillar a jueces y magistrados, declarándolos incompatibles con la consagración. 3.º El ejército será poco a poco suplantado por el *requeté* y por las *cofradías de la Espada blanca*; a la milicia nacional la guardará la Milicia de Cristo, es decir, la del Vaticano. 4.º Los empleos serán dados por la influencia pontificia en las oposiciones, concursos, etc., en que la Iglesia tendrá el derecho de *veto*: y con ello, en España, no comerá, ni vivirá en paz, ni podrá rebullirse, ni pensar, ni hablar, ni... alear, nadie que no esté consagrado. Los *consagrados* son los únicos ciudadanos españoles; los otros son profanos y extranjeros a la España consagrada; son los parias, esclavos y siervos que bailarán al golpe del látigo.

Ya ve el carlismo cómo el Estado liberal le ha quitado de las manos su Dios; y Dios parece que está conforme, que acepta la consagración y la bendice por medio de sus vicarios auténticos en la Tierra. Los ministros de Dios dicen misa, comulgan, absuelven y bendicen a los ministros del Estado. Estos les consagran a ellos *ministros oficiales del Dios del Estado*: los sacerdotes los consagran a ellos ministros benditos del Estado oficial de Dios. ¿Qué más Dios, ni qué otro Dios, pueden traer los carlistas?

¿El Cristo comanditario del Papa, su gerente universal? Ya lo tenemos. Paseó por la capital de la nación entre vítores oficiales.

¿El Dios de los Jesuitas, es decir, el Corazón de Jesús? Ya le está consagrada España. ¿A quién más puede consagrarla D. Jaime? ¿Cuál Dios más auténtico podrá traernos?

Y en cuanto a los ministros del buen Dios, riámonos. La Puerta del Sol se ve llena de sacerdotes de todos los colores, que están matando el aburrimiento porque ya no hay muertos por enterrar, ni moribundos por ungir, ni devotos por confesar. Por cada fiel, hay cuatro clérigos; por cada tiara, veinte aspirantes; por cada capelo, cuarenta obispos que esperan turno; por cada mitra, cien canónigos que bostezan en las antesalas; por cada curato, doscientos clérigos cesantes por falta de empleo.

De órdenes religiosas no digamos. Por cada devota que va a confesar, hay diez frailes confesores que hacen bolillas en las narices por no tener las manos a quien santiguar. Por cada viuda con dinero, hay quinientos jesuitas dispuestos a consolarla. Por cada testador, hay mil sacerdotes de todas layas que empujan la puerta de la alcoba disputándose el trabajo de inscribirle.

La Beneficencia está de tal modo, que por cada hospiciano hay cuatro madres; por cada anciano cuatro seres, y ya las pobres órdenes religiosas no saben qué clase de necesidades inventar para brindar sus servicios al Municipio, al Estado y a los ricos, en la administración de sus

limosnas. Por lo cual ocurre que, siendo más las hermanas, madres y tías de esta índole que los necesitados, y siendo mayores las limosnas que la necesidad, los religiosos han de emplear sus dineros en los bancos y en fincas de lujo y de recreo, por quitarse de delante los millones tentadores de su pobreza.

Pues ¿qué más podéis dar, carlistas desdichados, a los ministros de Dios? ¿No véis que en España han acudido de todas partes y de todas cataduras; que hay clérigos en cada casa, y conventos en cada esquina; que vale más cualquiera conventucho que el mejor de los cuarteles; más una residencia de jesuitas que el palacio episcopal; más un colegio frailluno que la Universidad?... ¿No véis que, después de haber hecho tanto profeso benéfico y enseñador, ahora habremos de hacer niños para los colegios, hospicianos para los hospicios, estropeados para los asilos, devotas para los confesores, impíos para los apóstoles, necios para los doctores y malvados para los santos?

¿No véis que en España sobrepuja la fecundidad del bien a la del mal, y que tenemos ya más confesores que pecadores, más sacerdotes que legos, más predicadores que oyentes, más escritores católicos que lectores?... ¿No véis que estamos en una verdadera crisis del mal y en una plétora enorme de bien? ¿No véis que la santidad nos tiene congestionados, y que toda España padece una terrible erupción religiosa que no cabe ya dentro del templo, y que rezuma por todos los poros?

Estáis perdidos por este lado, carlistas. ¿Qué más piedad podéis traer? ¿Queréis, acaso exterminar de raíz la débil y enclenque maldad que queda?... ¿Para qué, infelices, si aquí tenemos ya invertida la frase de Cristo sobre la viña: «la mies es mucha, los operarios pocos?»

Preguntádselo a frailes, curas y obispos. Por cada espiga que asoma, hay veinte operarios frailes a recogerla.

¿Asoma una misa, un funeral, un testamento, una obra pia, una donación?... A miles están los *operarios* que se quejan siempre de haber llegado tarde y de no haber ya en el Purgatorio un alma en pena...

Nada digamos de los santos. Entrad conmigo en una iglesia, y veréis el gran número de santos sin tener quien los salude. Allí están ellos con sus facultades milagrosas... y nada; salvo alguno que otro, los demás se pasan el año entero sin recibir una petición.

Pero vosotros, como no discurrís, ni veis más que la banderola, ni oís más que el cornetín, ni os ejercitáis más que en apuntar al blanco, no pensáis más que en matar... *matar liberales*..., esos liberales imbéciles que pagan religiosamente el presupuesto del culto y clero para que os provean de armas y municiones...

Mas, ya os dirá todo esto en latín Pío X, el día que vosotros apuntéis de veras a esos liberales consagrados. ¡Ya veréis cómo Laguarda imita a Morgades y os condena el *Correo Catalán* y *El Mes-*

tre Titas y os quedáis sin misas de campaña y sin bendiciones de banderas, a no ser que os las digan y bendigan los clérigos excomulgados... Ya veréis lo que es la consagración.

Os habéis lucido: os han robado la primera flor de vuestro lema, *Dios*. Dios es constitucional y ha dejado de ser absolutista.

Fastidiarse, antiguos compañeros de armas y haber imitado a Pidal.

S. PEY ORDEIX

No lo entiendo

Para dar indirectamente una satisfacción a los suyos, que se amosaron por lo que antes dijo condenando lo ocurrido en Granollers, el carca Solferino ha afirmado que los de su partido tienen ya fama de caballeros.

¿De caballeros?... No lo entiendo. ¿Como no sea de caballeros de industria!... ¿Y de una industria presidiable, la de asesinar alevosamente!

Dicen los carcundas conspicuos cada barbaridad que Dios tira.

LA EMIGRACION DE ESPAÑA

Efectos de la consagración

En el año 1911 han emigrado 200.000 españoles útiles para el trabajo.

La provincia de Alava tiene.....	96.000 habitantes
La de Soria.....	150.000 —
La de Segovia.....	159.000 —

TOTAL 405.000 habitantes

Las tres cuartas partes de la población de un país se componen de niños y ancianos incapacitados para el trabajo. Otra gran parte la componen las clases parasitarias, el clero, los empleados del Estado, los enfermos, presos y estropeados. Por lo cual en dichas tres provincias no llega a 200.000 el número de trabajadores útiles.

Por tanto, quedan anualmente desiertos en España territorios equivalentes a más de las tres provincias de Alava, Soria y Segovia, terreno que queda muerto y arrebatado a la vida nacional.

La Inquisición ante la filosofía, la moral y la religión

Por lo que pudiera decirse su terror pánico al espíritu inquisitorial de su tiempo, no se atrevió el inmortal astrónomo Copérnico a redivivir la maravillosa innovación físico-celeste de Philolao, que iluminó tan esplendorosamente los científicos antros medioevales, y sabido es que tal espíritu, no pudiendo quemarle, le declaró loco, y ya sabemos que la inquisitorial bestia protestante achicharró

al insigne ibero que hubo de descubrir la circulación de la sangre.

Aun de vez en cuando resurge en se- gulares cerebros en las naciones más cul- tas el odio á los grandes descubrimientos científicos. No ha mucho que Drumont afirmaba brutalmente en su «*Libre Pa- role*» que no estaba demostrado que la Tie- rra gira, y, claro, si pudiera, pondría una mordaza á los Poincaré y á los Flama- rión que apoyaron entonces lo de mostra- do por Copérnico, Galileo, Klepler y Newton y lo afirmado por los trabajos de Laplace, Herschell y Leverrier.

La Inquisición de Valencia secuestró los bienes de aquel tan glorioso Luis Vi- ves, á quien se considera precursor de Bacon por unos, y por Menéndez Pelayo de éste y de Descartes, y por mí de Büch- ner, porque su fe religiosa era una hi- pocresía á regañadientes exteriormente profesada; porque, como el autor sublime de «*Fuerza y materia*», lo que apellida muy acertadamente empirismo crítico lo practicaba él, y lo hubieran *finiquitado*, como diría Nakens, si descuidara poner entonces los pies en polvorosa.

Schopenhauer opina que Spinoza dió al mundo el nombre de Dios por razones exteriores, es decir, para no correr la des- venturada suerte de Giordano Bruno.

«¡La Inquisición defendía la moral!— gritan los neos á sabiendas de que mien- ten. En primer lugar la moral de enton- ces era *todo convencional*, y además re- cilábase la Inquisición ayudando la pro- paganda de toda obra inmoral que no to- case al ombligo de frailes y de monjas, que contribuyera á corromper vírgenes y ridiculizar maridos. No conozco nada más obscuro que un libro de Fray Vicen- te Mexía publicado en Córdoba en 1566: «*Saludable instrucción del estado de ma- trimonio*».

«Prorrogar esta inmoralidad que des- truyó la familia y mantener la fe en las más bestiales supersticiones fué toda la obra de la Inquisición en España», es- cribia no há mucho con indubitable acier- to uno de nuestros periodistas más distin- guidos.

Este artículo, más que los otros míos sobre la Inquisición, clama por la caída de un nuevo fuego del cielo sobre los que la defienden y demuestra que la maravi- llosa labor de Nakens execrando su re- cuerdo, es libertadora aquí como ninguna.

Veritas

J. DE LA HERMIDA

Como si lo viera

No he logrado enterarme si por fin di- jo el obispo de Barcelona, Sr. Laguarda, que el *requeté* se había creado para exter- minar á los republicanos. Unos periódicos dicen que sí y otros lo niegan.

Yo, que sí; soy hombre de mucha fe y de alguna experiencia, y la fe me sirve para creer lo que no veo, y la experien- cia para recordar que no siempre el hom- bre, aunque sea obispo, sabe dominarse

lo bastante para ocultar lo que su cora- zón siente.

Mas si se averiguase de veras que no lo dijo, reconoceré su prudencia, pero sostendré que lo pensó.

Dentro de todo morado episcopal ves- tido hay un carlista, desarrollado ó en larva; como dentro de todo carlista un asesino en incubación ó en germen.

EL RAYO

Madre haraposa: Tú que á las puertas vas con las manos siempre tendidas, y hallas las bolsas siempre desiertas y las conciencias siempre dormidas;

Tú que en la a forja de tu miseria vas recogiendo los desperdicios que en el naufragio de cada fría sobre las playas echan los vicios;

Tú eres la hija del que en la guerra se armó soldado, vibró su acero, rodó en las luchas, se hundió en la tierra y hoy nadie sabe si fué guerrero.

Tú eres la hermana del que en los dientes del engranaje cayera un día; las ruedas fueron indiferentes, pero los hombres más todavía.

Tú eres la viuda del que al abrigo del sol murió sobre el arado; hoy todos comen pan de su trigo. tú no lo comes... y él lo ha sembrado.

Tú eres la hija, tú eres la hermana, tú eres la viuda siempre en trabajo; tú eres la madre que hará mañana una bandera de cada andrago.

En las entrañas, como consuelo guardas un hijo del muerto esposo... Nube de harapos, piensa en el cielo, pero en el cielo mas tempestuoso.

No será tu hijo tierno querube, copa de mieles ni flor de mayo... Madre haraposa; tú eres la nube, y en las entrañas tienes el rayo.

El Patronato de San José en el Juzgado de guardia

El abogado es un tipo que no se con- cibe nunca fuera de la realidad. Y, sin embargo, hay abogados que sueñan más que un poeta. Y mientras más talento tienen, más soñadores son.

Y no atestiguo con muertos, si no con mi querido amigo Eduardo Barriobero, que hace pocos días presentó ante el Juz- gado de guardia la denuncia siguiente:

«Al Juzgado de guardia:

D. Eduardo Barriobero y Herrán, abo- gado en ejercicio, con domicilio en Ma-

drid, calle del Barco, 2, principal, com- parece y como mejor proceda, dice

Que por el escrito presente formula denuncia criminal contra las señoras del Patronato-Hospedería de San José, de esta corte, cuyo domicilio oficial está en la calle de Gaztambide, esquina á la de Rodríguez Sampedro, y subsidiariamente, por si la responsabilidad criminal les al- canzara en alguno de sus grados, contra el arquitecto D. Luis Cabello y Lapidra, que vive en la calle de Columela, 5, y contra el contratista de obras Sr. Dolz Espejo, que vive en la calle de Alfon- so XII, núm. 8.

Los hechos que en su día, y á juicio del compareciente deberán ser objeto de sanción penal son los siguientes:

Con algunos donativos recogidos de personas piadosas é hipotecando al Ho- gar Español la parte construída, fueron las señoras expresadas alzando un edifi- cio sólido y ostentoso, en el que se ad- miran caracteres de palacio burgués, be- licoso castillo y residencia conventual. Como avezadas á estos negocios, sirvié- ronse de intermediarios y contratistas, quienes á su vez entregaron, separada- mente, las obras de carpintería, cerraje- ría, etc., á modestos industriales, más bien obreros que patronos por su condi- ción económica, que por hacer el antici- po de lo que la obra importase hubieron de verse agobiados hasta el extremo de aceptar alguna transacción violenta.

Además trataron de hacer figurar co- mo subcontratista de las obras á un señor insolvente, apellidado González, y llega- ron á otorgar documento en este sentido, que no surtió efectos por estar la subro- gación y la subcontratación prohibidas en el pliego de condiciones formulado para la construcción del edificio.

Cuando cansados de esperar el cobro de sus materiales y de su trabajo apre- miaron los industriales á quienes se lo habían encargado, éstos convocaron una reunión que se celebró anteayer sábado, en el domicilio del abogado D. Pedro María Usera y Pérez, en la calle de San Bernardino, 9, en la que se les dijo que sólo se pagarían sus facturas si accedían á rebajar el cuarenta por ciento del im- porte figurado en ellas con aprobación del arquitecto.

Para lograr este lucro ilícito en bene- ficio de las señoras del Patronato, del con- tratista ó de quien fuese, que esto el Juz- gado habrá de ponerlo en claro, entre otros argumentos, se les hizo á los acree- dores el siguiente:

Con la clase de documento que uste- des tienen, sólo pueden promover juicios declarativos, muy largos y que además cuando se ganan, se ganan sin expresa condena en costas, por lo que á usted, que se le deben dos mil pesetas le costaría el pleito nueveveintenas; yo le rebajo ochocientas, y va usted ganando ciento. A usted que se le deben cinco mil, le costaría el pleito, por lo menos, dos mil quinientas, y yo no rebajo más que dos mil...

Al denunciante no le incumbe el co-

mentario; además, el dolor de que así pueda ser la justicia le impide hacerlo.

Sepa, por último, el Juzgado, que se les amenazó con la insolvencia del señor González, y que los acreedores no aceptaron la leonina proposición expresada.

Estos hechos son indudablemente constitutivos del delito definido en el art. 55 del Código penal.

El denunciante, al ponerlos en conocimiento de la autoridad judicial, cumple el deber que le impone el art. 262 de la ley de Enjuiciamiento criminal, pues su patrocinado D. Agustín Clemente, marmolista establecido en la calle de la Florida, 14, y acreedor del Patronato por la suma de dos mil ciento cincuenta y una pesetas y cincuenta céntimos, asistió á la reunión expresada, escuchó la proposición que se transcribe y acudió después al estudio del letrado firmante para darle cuenta de lo ocurrido.

Como justificantes se acompañan á esta denuncia la factura del nombrado marmolista en la que consta la conformidad del arquitecto, y un B. L. M. dirigido al exponente por el letrado señor Usera, en el que consta la proposición tan repetida.

El denunciante está instruido del derecho á ejercer la acción pública que le concede el art. 101 de la citada ley procesal, y se reserva el ejercerlo para en el caso de que los perjudicados no se muestren parte en el proceso que ha de incoarse, por entender que al Juzgado y al Ministerio fiscal ha de serles necesaria, ó por lo menos útil, la cooperación para depurar las responsabilidades apuntadas.

Suplico al Juzgado se sirva tener por presentada esta denuncia, y ordene darle la tramitación correspondiente en justicia que con respeto pido.

Madrid, 21 de Julio de 1912.

Preceptos legales que se citan

Art. 557 del Código penal: Los que esparciendo falsos rumores ó usando de cualquier otro artificio consiguiesen al terar los precios naturales que resultarían de la libre concurrencia en las cosas que fuesen objeto de contratación, serán castigados con las penas de arresto mayor y multa de 500 á 5.000 pesetas.

Art. 262 de la ley de Enjuiciamiento criminal: Los que por razón de sus cargos profesionales y oficios tuviesen noticia de algún delito público, estarán obligados á denunciarlo inmediatamente, bajo pena de multa.

Muy bien, perfectamente bien la denuncia y los artículos citados: pero ¿cree Barriobero que esas señoras y esos señores no tendrán uno ó varios santos de su devoción en el Cielo, que les vayan inspirando lo que tienen que decir y hacer para que los jueces se persuadan de su inocencia, y resulte al fin que los acreedores son ellos y no los que trabajaron y pusieron los materiales?

Los tiempos son milagrosos y los creyentes muchos; y aunque á la fe la pinta ciega, resulta á lo mejor con ojos de

águila para ver el modo de burlar la ley y estafar la justicia.

Me alegraría que Barriobero viniese un día á decirme: «triunfé en mi demanda; pero me dá el corazón que no vendrá».

Solución sencilla

Los periódicos clericales rebuznan más fuerte que de costumbre en favor de los emigrados portugueses, y fingen estar apenadísimos por que carecen de pan y albergue.

No me lo explico, estando en su mano remediar la situación triste de esos sus hermanos en Dios, Patria y Rey.

¿No sirven esos emigrados al altar, procurando restablecer en el trono á un rey clerical? Pues el altar debe mantenerlos, por aquello que dijo San Pablo: «el que sirve al altar, del altar debe vivir.»

Y así como sería injusto que los liberales, servidores del diablo, pretendieran vivir del presupuesto de Dios, injusto es solicitar que los servidores de Dios vivan del presupuesto del diablo.

Además, la solución de ese problema es sencilla. Descontando del clero y del culto lo que se gaste en mantener á los soldados del culto y clero, resuelta satisfactoriamente.

Y si los alojan después en los conventos y palacios episcopales, por cada fraile, diez paivantes, y por cada obispo, cincuenta, miel sobre hojuelas.

Y si se quiere distribuirlos también en los conventos de monjas, no seré yo quien proteste.

Ni ellos tampoco.

Y quizás ni ellas.

Como se ve, la solución al conflicto no puede ser más sencilla ni hacera.

A adoptarla, ó á cesar en vuestros rebuznos, descendientes directos de la cabalgadura de Balaam.

LA CULTURA

La civilización y la transformación social, que es su continuidad, no se engendra por la cultura. ¡Cultura! ¡Cultura! Ese es el clamoreo general, y yo os digo: La transformación social no se engendra por la cultura. *Se engendra por la aplicación de la cultura.* Y la aplicación de la cultura es acción, acción inteligente, pero acción. Y esa acción es, trabajadores, vuestra función específica y el objeto de nuestros afanes.

¿Qué importa la cultura que se tiene y no se aplica? En España abundan los hombres inteligentes; no escasean los hombres cultos y cultísimos, y cultura de mejor ó peor ley han tenido y tienen muchos de nuestros políticos y gobernantes. Pero, que, ¿aprovecha al pueblo, á la muchedumbre que trabaja y sufre,

toda la sabiduría de los intelectuales, de los políticos y de los gobernantes, si les vemos transigir cobardemente con los errores comunes más desacreditados, con poderes que toda inteligencia noble debe rechazar y no aplicar jamás una molécula de esa sabiduría en pro de la porción de humanidad que es la patria, y de los intereses universales de la humanidad? ¿Qué importa que las frentes toquen el porvenir, si los corazones, los estómagos y las manos están dentro del presente miserable, esclavo de un pasado muerto?

El hombre no es sólo inteligencia. Es sensación é impulso. La inteligencia convierte los impulsos naturales en propósitos racionales y guía la acción para hacerlos triunfar.

DR. JAIME VERA

Justicia Eucarística

Los gobernadores culpables de encubrimiento de conspiraciones ilegales que han podido traer como represalia la invasión del territorio nacional, reos de atentado del delito de *lesa Patria*, castígalos con un simple traslado momentáneamente: quizás muy pronto los veamos ascendidos. Por culpa de esos gobernadores resultaron varios centenares de víctimas en Portugal.

Mosén Prisco, acusado por la voz pública de infanticidio y como presunto reo procesado, puesto en libertad al poco tiempo.

Sagrístá, condenado á ocho años de presidio por dos dibujos.

Joaquín Just, encarcelado por supuestas injurias, que no están juzgadas.

En el degüello del jesuita Peters, en Chamberí, no hubo ni un auto de prisión del Rector, ni una prisión preventiva de un misero lego.

El Juzgado denuncia semanalmente una ilustración por *sus tendencias*. En cambio circulan libremente los Tratados de Teología Moral, divulgando los procedimientos y secretos para burlar la procreación, y el folleto del jesuita Vilariño contra los oficiales liberales del Ejército.

Ni Dios sabe ya aquí á qué carta quedarse.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

EL MOTIN.



SEMANA TRÁGICA.-SACO DE ROMA.-(Cuadro de Francisco Amérigo.-Medalla de oro.)
Ayuntamiento de Madrid

La emigración del libro

En la Nación del Corazón de Jesús y de los Toros

De aquí emigra todo: los trabajadores, los artistas, el oro; y no hablemos de la dignidad y la vergüenza, porque esas desaparecieron de España años há, ó se escondieron tan cuidadosamente, que no sabemos por dónde andan.

Pero de todas las emigraciones, la más dolorosa es la emigración del libro. Inútilmente acusamos este fracaso hace tiempo al Ministerio de Instrucción Pública, que sigue sin preocuparse, por la sencillísima razón de que aquí ningún empleado se mueve hasta que le tocan la bolsa.

Si se suspendiera á los jueces el sueldo cada vez que ellos suspenden la justicia; y á la policía cada vez que ella suspenden la vigilancia; ó á los obispos cuando ellos suspenden el Evangelio y los cánones; y al Nuncio cada vez que suspende el Concordato; y á los Ministros que suspenden el orden administrativo... si esto se hiciera otro gallo cantara á España. Ahora sólo nos toca cantar responsos y palinodias y escuchar trágicas como este que desde París nos entona en *El Liberal* Gómez Carrillo:

La industria editorial española en Francia

«Como si no hubiera bastante con las casas de Garnier, Michaud, Ollendorf, Collin, Bouret, Rogers y Muñoz Escámez, una nueva «editorial» española acaba de fundarse en París, con elementos de popularidad admirables, con voluntad inquebrantable de triunfo. Y como para hacer ver que lo indispensable para ganar dinero no es buscar libros extranjeros, sino saber presentar al público los libros nacionales, comienza por darnos las «Novelas Ejemplares» de Cervantes.

»Pero, eso sí, nos las da con tal gracia, con tal elegancia, con tal pulcritud, que, aun los que ya las tenemos en nuestras bibliotecas, nos apresuramos á comprarlas. Un franco veinticinco céntimos por un tomo encuadernado en tela, impreso con esmero y corregido con escrupulo, es algo así como un regalo de los dioses.»

He aquí donde hemos venido á parar.

Las casas citadas por Gómez Carrillo, no son las únicas de ediciones españolas en el extranjero. En Friburgo hay la jesuita Herder; en Londres, en Nueva York... en todas partes se publicarán libros españoles ¡menos en España!, donde nos quedaremos con la *Gaceta*, la *Bula de la Cruzada* y las revistas de toros.

Y dice Carrillo que se extraña de que España no rivalice ya con el extranjero en la industria editorial española...

¿Qué va á rivalizar? Aquí no fabricamos más que frailes, hospicianos y hostias. También las hostias las importarán del extranjero el día que á alguna orden monástica le dé el naípe por explotar la

ta industria de hostias bendecidas por el Papa ó tocadas en la gruta de Lourdes.

¿En qué vamos á rivalizar con nadie los consagrados al Corazón de Jesús, que tenemos segura la gloria eterna allá, y acá el reinado social de Jesucristo, con los mansos requetés, con los beatíficos fusilamientos y con la mística felicidad clerical?... ¿En qué vamos á rivalizar?... Ni en eso de la devoción podemos competir industrialmente con nadie.

San Pedro se ha comido el crédito de Santiago; de Guadalupe no hay quien se acuerde. Begoña y los Desamparados apenas son conocidas fuera de su casa. Solamente Montserrat hace algún pinito y la Pilarica mete algún ruido entre los devotos; pero, total, no valen todas nuestras vírgenes para descalzar la de Lourdes, de donde se dispara cada milagro que aturde al mundo y atrae allí el oro en verdadero chubasco.

No sabemos fabricar un obispo que haga raya, ni un orador sagrado que rebasa las fronteras, ni un fraile que valga dos cominos: «industrialmente» sólo pueden vivir las industrias religiosas, gracias al monopolio y á la subvención del Estado.

En el orden editorial, ¿qué vamos á competir con nadie? Cien jueces y quinientos escribientes están continuamente gastando papel en expedientes y procesos contra escritores. ¡Cuidadito si absorben dinero del presupuesto esos empleados! ¡Cuidadito si ocupadas estas gentes en plantar árboles por los alrededores de Madrid ó en regar las calles que apestan de polvo y de microbios, serían útiles á la sociedad! Y si añadimos lo que los escritores presos consumen al Estado por los ranchos de la cárcel y del presidio... no contemos.

De modo que hemos venido á parar á los tiempos de los buenos Torquemadas, Manriques y Valdeses. El oficio de escritor es el más peligroso en España.

Hay chanchulleros de profesión, estafadores, alcahuetes, corredores de negocios sucios, que llegan al cementerio con todos los sacramentos de la Iglesia y con todos los honores del Estado, sin haber pisado por una secretaria de Juzgado. ¿Qué escritor podrá decir otro tanto á los diez años de oficio? Hasta el oficio de fraile se puede ejercer tranquilamente. Contra el oficio de escritor se han dictado leyes especiales. Por haberse averiguado que algunos escritores tenían la chiripa de cobijar su responsabilidad á la sombra de los diputados, se ha despojado á éstos de su inmunidad.

¡Esto es celo, rediós! ¡Y manía, y furor y menfutismo á la vez!

Por lo cual, comienzan por emigrar los escritores no consagrados, y nos quedamos produciendo una literatura abotargada de eufemismos, raquitica de inteligencia, sandia de ingeniosidad, extemporánea para las necesidades de la época.

América, la que fué mercado del libro español, comienza á rechazar nuestros libros, impresos con agua benlita ó compuestos por autores que trabajan á desta-

do, á peseta el pliego, por el de amanuense de notario; por traductores de precio menor todavía, gentes condenadas a escribir para comer y á comer para poder escribir, y que ni comen ni escriben, sino que maldicen la hora en que tomaron tal librea.

Los editores españoles, para ahorrarse el gasto del autor, pusieron de moda los autores clásicos antiguos anotados por clásicos modernos, con lo cual los muertos que en su tiempo murieron de hambre, han venido á matar de hambre á los vivos.

Y además ¡ay! en España no se leen libros. ¿Para qué? Con el *Camino recto para llegar al cielo*, tienen bastante nuestros jóvenes para nutrir el cerebro. Y con saber leer la revista de toros y la lista de la lotería, todo español queda á la altura de cualquier ministro del rey.

¿Pensar... aprender á pensar... saber...? ¿Para qué lo necesita el español? La fe del carbonero para ser buen católico con seguridad de no caer en herejía, la obediencia ciega á la autoridad como enviada de Dios, y ahí está todo. Con ello se es un perfecto monárquico y un excelente católico. Saber ser trasteado, manteado, explotado y envilecido; saber ver, oír, callar y aguantarse... ¿Qué falta hacen libros? Para una sola cosa necesitamos colegios y maestros: para organizar requetés y procesiones. Lo demás para los brutos extranjeros.

¿Que el libro emigra?

Una vergüenza más ¿qué importa á los políticos que acaso nunca oyeron hablar de ella?

R. MAYOL

La banda roja

Así llaman los reverendos padres jesuitas á su legión de mártires, cuya enumeración, y ciñéndonos sólo al primer siglo de la Compañía, continuamos.

P. Nobili, jesuita misionero en Malabar. Viendo que allí los nobles profesan un grande horror á los obreros, de tal modo que se creen contaminados si por casualidad se rozan con ellos, adoptó las vestiduras de los nobles, y les imitó en su manera de vivir, excediéndose tanto en el desprecio y humillación de las castas obreras del país, que estas enfurecidas le mataron. (*Histoire ecclésiastique* por Racine, tomo 12, pág. 244).

P. Brito, también misionero en Malabar, y gran defensor de las supersticiones del país. En su muerte no figuró para nada el Evangelio.

P. Ricci, misionero de la China en 1581, el cual hizo expulsar del imperio á los frailes dominicos que envió allí Gregorio XIII. Dueño exclusivo de aquella misión cometió los mayores abusos, crueldades é impiedades hasta que lo mataron, y no por ser católico. Véase la citada *Historia* de Racine, tomo 12, página 252.

P. Martini, que fué á Roma con el fin

de justificar el culto y las ceremonias que los jesuitas de China toleraban se diesen á Confucio y á los muertos, y que obtuvo de Alejandro VII por sorpresa un breve en el que se autorizaban estas prácticas idólatras. En su muerte no entró para nada la fe católica. (*Anécdotas de la China*, pág. 12).

P. Jucili, perseguidor incansable de los misioneros de la Conchinchina y contra el obispo de Bértye y Mr. de Hainyues, á los que trató de encerrar en la inquisición de Goa. Murió odiado por todo el mundo. No sabemos por donde le vendrá el martirio con que se le adorna.

P. Grimaldi, misionero de China, el cual obtuvo de emperador el destierro de todos los misioneros opuestos á la idolatría, y redujo á prisión al cardenal de Tournon, al que mataron de hambre y malos tratos los jesuitas en su colegio de Goa. Tampoco murió por la fe de Cristo.

P. Ossorio, autor é inductor de innumerables barbaries sacrílegas cometidas en China, fué hallado estrangulado dentro de su cámara, en la cual se había encerrado con un desconocido, no se sabe con qué fines, y al cual no se le vió salir. (*Relation abrégée de la Chine*, tomo I, página 91).

P. Morao, misionero de la China, defensor acérrimo de Confucio, perseguidor de los misioneros y delegados del papa, enemigo declarado de la Santa Sede, autor de numerosos motines y sediciones contra el emperador, hasta que lo estrangulaban y arrojaron su cuerpo al fuego, y su cabeza fué expuesta al público para excarminar de rebeldes y conspiradores. La fe de Cristo no tuvo la menor intervención en su muerte. (Véanse las citadas *Anécdotas de la China*, tomo 5, pág. 66).

Los Padres Varade y Guignard, apóstoles del regicidio en Francia, y mártires entre los jesuitas. El primer impulsó á Barriere á que asesinasen á Enrique IV, y para obligarle más le confesó, dió la comunión y su bendición y le prometió la gloria. El segundo escribió y defendió que era lícito matar á Enrique IV, y que el parricidio de Enrique III fué un don del Espíritu Santo. Los dos jesuitas fueron ajusticiados, y no en verdad por defensa de la fe cristiana. Al P. Guignard, los jesuitas le elevaron estatuas y altares con esta inscripción en latín: «Beato Guignard ahorcado en Francia por los herejes por defender la fe católica».

Los Padres Walpole, Filoc, Page y Collin, jesuitas, ahorcados y despedazados en Inglaterra en 1595, 1601, 1602 y 1603 respectivamente por haber intentado sublevar á los católicos ingleses contra la reina de Inglaterra.

Los Padres Oldecorne, Enrique y Tomás Garnet, fueron otros apóstoles del regicidio en Inglaterra, que pagaron con su vida este celo... apostólico.

Los Padres Thet y Oglebi. El primero de paso para el Canadá en 1613, con diez colegas suyos, dirigía el barco en que iba, tropezó en el mar con unos barcos ingleses y gritó á la tripulación: «Dis-

parad sobre ellos los cañones, hijos míos, que son herejes». Los ingleses viendo aquel cinismo enviaron al jesuita una bala de cañón tan certera que le hizo cisco.

El P. Oglebi enviado á Escocia por sus superiores en 1615 para tramar una conspiración contra el rey, fué detenido en sus primeras intrigas y conducido á Edimburgo, donde se le condenó á la horca.

He aquí, reseñados muy á la ligera, las proezas de los mártires del primer siglo de la Compañía. En vano buscará el lector como causa de su muerte la religión, la fe de Cristo y la defensa de la doctrina católica; sin embargo, la Compañía los ha inscrito en los fastos de su Martirologio, decretándoles un honor que la Iglesia no les ha conferido todavía porque no hay por qué.

El mismo P. Garnet dijo á sus jueces: «Yo no soy mártir porque no muero en defensa de la religión, sino de un delito del que me confieso culpable».

Sería muy curioso y edificante el rastrear la vida y milagros de los demás mártires de la Compañía.

FRAY GERUNDIO

Voz de verdad

Párrafo valiente que encuentro en un razonado artículo firmado por Celso en *La Voz del Pueblo*, de Toro:

«El catolicismo tiene su ejército en el clero y su campo de batalla es el pulpito, el confesonario y el hogar; por esto reclama para sí todas las libertades; la libertad para calumniar desde la cátedra sagrada, la libertad para regir la conducta sobre una superchería premeditada y conocida, la libertad para acapararlo todo, hasta las industrias y la vida particular. Los demócratas tenemos la obligación sagrada de combatir sin misericordia este régimen de mentiras que nos hace morir lenta é ignominiosamente; por eso debemos realizar la obra de descatalogización con el libro, con el periódico, desde la tribuna, desde la cátedra, desde la escuela. O el clericalismo nos anega de una vez ó anegamos nosotros al clericalismo. El dilema no tiene vuelta de hoja.»

Este es el lenguaje que debe usar todo el que de liberal se precie, y acomodar á él su conducta.

Realizar lo contrario, es trabajar por el carlismo, esto es, por la desaparición de la España que pudiera ser en lo porvenir una nación honrada, progresiva y próspera.

NECESIDAD de la representación libre en los procedimientos judiciales

He aquí el interesante oficio que un letrado, con muchos años de ejercicio y

veintinueve de pagar la primera cuota de contribución (el Sr. Marqués de Zafra), ha dirigido.

Evidencia muchos abusos de los representantes en juicio y la necesidad de que, por lo menos, *se haga potestativo valerse ó no de procurador* en toda clase de asuntos judiciales.

Como no hay posibilidad de rectificar una letra de cuanto en el oficio se dice, *á pesar del tiempo transcurrido desde que se remitió*, NO HA SIDO CONTESTADO.

Pero el tragarse documentos de esta clase nada soluciona.

Y la solución debe venir de los poderosos públicos.

Dice así el oficio:

«Señor decano del Colegio de procuradores de Madrid.

Entiendo que la defensa por los abogados en los asuntos civiles y criminales, en que hoy es legalmente necesaria la representación por procuradores, ha llegado á resultar muchas veces difícil para aquéllos y peligrosa para los intereses de las partes, además de carísima, por virtud de las infinitas corruptelas ó prácticas viciosas en que, unos más y otros menos, incurrir bastantes de los procuradores.

Instituidos éstos para auxiliar á los litigantes y á los abogados, vamos á evidenciar cómo los auxilian (1).

I.—DIFICULTADES QUE PRODUCEN LOS PROCURADORES PARA LA UTILIZACION DE LOS RECURSOS.

Como es frecuente que los hombres no se satisfagan nunca, los procuradores, que tanto cobran por diligencias en que no hacen más trabajo que el de poner su firma, suelen estimar insoportable la asistencia diaria al salón en que se hacen las notificaciones. Los hay que faltan ordinariamente varios días seguidos y hasta quienes se consideran presentes en aquel salón con sólo estar en un café con algunos amigos, firmando allí lo que para ellos les llevan los dependientes. ¡Que informen los notificantes! Ellos dirán cuántos son los procuradores asiduos, si hay alguno, obligándoles á intentar varias veces cada notificación, con los retrasos y las molestias consiguientes.

Además, como la ley manda que las notificaciones se hagan en el mismo día en que se dictan las resoluciones, ó á lo más en el siguiente; como los procuradores firman siempre en blanco, y como los notificantes *se cubren* poniendo la fecha en que por primera vez fueron á notificar, claro es que los litigantes y los abogados sufren las consecuencias; cuando menos dejándoles reducidos los términos.

El *Imparcial* de 23 de Junio de 1912 publica un excelente artículo del distinguido juriconsulto y diputado á Cortes D. Baldomero Argente, que, desean-

(1) Lo que sigle me parece también plenísima demostración de lo *perjudicial* que son los procuradores en España; teniendo presentes, para formar juicio, los hechos concretos que se exponen.

do aportar á la simplificación del Enjuiciamiento civil *algo vivo*, contrastado por los hechos, extracta la ley de Enjuiciamiento civil dictada para Filipinas por los yanquis; quienes aceptaron íntegramente nuestro derecho civil, por considerarlo bueno, y rechazaron y sustituyeron solamente nuestro Enjuiciamiento civil, por considerarlo pésimo.

Dice así el Sr. Argente:

«Esta ley, número 190, de fecha 7 de Agosto de 1901, cuya edición oficial de 1906 tengo á la vista, fué escrita para la aplicación de leyes sustantivas españolas para un pueblo de educación española, y en un país cuya cultura y cuyas comunicaciones son inferiores á las españolas.

«A las dificultades y restricciones que nuestras leyes establecen para comparecer en juicio, la ley americana opone la más amplia libertad; según ella, todo ser humano es apto para acudir á los Tribunales en demanda de justicia; hombre ó mujer, mayor ó menor de edad, todos pueden llegar á un juez pidiendo su amparo; el juez le oirá, y si necesita complemento su personalidad, el juez le nombrará inmediatamente un curador. Bajo la ley yanki, nadie perderá un pleito por falta de personalidad para comparecer en juicio, iniquidad leguleyesca que se realiza frecuentemente en España.

«Segundo paso en ese camino para hacer barata y pronta la justicia es este: el interesado puede comparecer personalmente en todas las instancias; y si no quiere, llevará su representación un abogado. *El oficio de procurador no existe. En lo sucesivo*—dice desdeñosamente el artículo 33 de la ley, recordando los tiempos de la dominación española—*no se reconocerá como funcionarios de los Tribunales á los procuradores*, y los deberes que antes eran anejos al cargo recaerán en los abogados.»

«No necesitan éstos poder notarial para acreditar su representación; se les cree sobre su palabra. El Tribunal tiene lista de los habilitados para ejercer en su jurisdicción. Si el abogado alegara una representación que no tuviera, sería castigado por «desacato» é inhabilitado para ejercer la profesión, amén de una multa de 100 á 1.000 dollars. Los honorarios, caso de impugnarlos el cliente, son regulados, exclusivamente, por el juez. El abogado no puede renunciar la representación del cliente sin permiso de éste ó sin autorización del Tribunal...»

«Hacer accesibles los Tribunales á todo el mundo, barriendo ese inicuo monopolio que una insensata ley adjudica á los abogados, sin otro fin que hacer más costosa la reclamación; y acabar con la duplicidad de representación—abogado y procurador—totalmente innecesaria...» Son dos reformas interesantísimas que debieran hacerse en pocos días, sustituyendo los artículos 3.º y 10.º de nuestra ley de Enjuiciamiento civil por cuatro renglones que digan lo que la ley de Enjuiciamiento yanki.»

Aun en los días en que los procuradores asisten para recibir las notificaciones

sin retraso, los dependientes (pues rarísima vez se dignan aquéllos ir á los despachos de los abogados) se toman uno ó dos días para llevar á éstos las copias de las resoluciones judiciales.

Por otra parte, no suelen ir á tiempo para recoger los borradores de los escritos.

Y como en éstos suele ser necesario interponer recursos ó presentar documentos dentro del término improrrogable de tres días ó en plazos menores, es frecuente que resulte imposible redactar y presentar recursos dentro del plazo legal; y no es raro que su presentación se realice pasado éste, aun cuando el abogado, para abreviar, los haga copiar en su despacho.

Lo cual tiene, además, en algún caso, la contra de que no sea fácil al abogado lograr que el procurador le reintegre de lo gastado para el papel sellado y la copia de dichos recursos, ni aun después de haber cobrado el procurador del cliente su cuenta íntegra.

También he recibido avisos para asistir á diligencias cuando ya se habían practicado.

A disposición de V. S. tengo los documentos que justifican todo lo dicho.

II.—DUPLICACION DE LOS DERECHOS DE LOS PROCURADORES Y DE LOS GASTOS DE LOS PROCEDIMIENTOS POR EL SISTEMA DE PRESENTAR LAS COPIAS DESPUES DE LO COPIABLE.

No será necesario ciertamente que nadie hiciera análoga exhibición de pruebas para que todo el mundo reconozca el enorme abuso que por algunos procuradores se hace del artículo 518 de la ley de Enjuiciamiento civil.

Autoriza éste para no acompañar las copias cuando sea necesario que el juez señale plazo para sacarlas, «atendida la extensión del escrito y documentos».

Pero omitiendo sistemáticamente el acompañar las copias, por breves que sean los escritos, y presentando después nuevos escritos para entregar dichas copias, como se observa en no pocos procedimientos, se duplican los derechos y demás gastos.

III.—MULTITUD DE ABUSOS, QUE TIENEN LUGAR RELACIONADOS CON LAS NOTIFICACIONES.

Sabido es que con arreglo al artículo 262 de la ley de Enjuiciamiento civil, «las notificaciones se practicarán... á la persona á quien se hagan, dando en el acto copia literal, firmada por el actuario, aunque no la pida, expresando el negocio».

La infracción más abierta de tan claro precepto puede decirse que es regla general.

Mis infinitas quejas por ella han sido siempre voz en desierto.

Los procuradores, muchísimas veces, lejos de exigir á los notificantes la cédula ordenada por el artículo 262, les relevan de su entrega, aunque firman el recibo de la misma, cometiendo, cada vez que lo hacen, una falsedad en documento público.

Quedando evidenciado que aquí, donde se castiga severamente el hurto de un panecillo para calmar el hambre propia

ó de la familia, se pueden cometer impunemente, á diario y á porrillo, falsedades en documentos públicos,—con gravísimos perjuicios para los infelices representados,—si ello permite á otros cobrar sin trabajar.

Una de las consecuencias gravísimas de lo dicho tiene lugar cuando se extravían los autos (lo cual ha ocurrido no pocas veces, en los archivos principalmente, durante mi práctica); pues no hay manera de reponer aquéllos como la ley manda, y los litigantes pierden todos sus derechos por culpa de los procuradores.

Suelen también los procuradores dejar á sus dependientes que copien ó extraigan lo que estimen útil, como lo entiendan (pues rara vez lo hacen aquéllos), y envían á los abogados unos PAPELES SIN AUTORIZACION alguna, que SUELEN NO DAR IDEA DE LO NOTIFICADO, CUANDO NO DICEN LO CONTRARIO.

Las consecuencias no han podido ser más graves.

Entre otros casos que parecen increíbles, pero cuyas pruebas tengo á la disposición de V. S. y de la Junta, se encuentran los siguientes:

¡Copias de resoluciones que decían LO CONTRARIO que sus originales; por lo que fueron desestimados, algunos con las costas, los recursos de reposición contra dichas resoluciones!

¡Errores en copias ó extractos de menor importancia, pero esenciales; infinitos!

¡Avisos de señalamiento para vistas en día muy posterior al realmente señalado!!! ¡Por lo que cuando fué á informar estaban ya sentenciados los autos!!!

Contra nada de esto se ha podido interponer recurso alguno útil; porque á todo se ha contestado ó podía contestarse por los Tribunales, que el Procurador tenía recibida, como probaba su firma puesta al pie de la notificación (aunque era falso), y no presentaba, para justificar sus asertos, la copia literal, firmada por el actuario, de la resolución notificada.

Y sólo cabía reclamar al Procurador la indemnización civil; cosa á que hasta ahora no he querido coadyuvar, pero que quizás sea el mejor medio para evitar lo que sucede.

DR. DIEGO DE BAHAMONDE
(Marqués de Zafra)

(Continuad.)

El robo en el penal de Santoña

Pongo en conocimiento de los lectores de *Tierra y Libertad*, para que llegue á conocimiento del Ministro de Gracia y Justicia, el declarado robo que se hace con los penados por parte del director de este establecimiento D. Celestino Fernández, y del administrador D. Manuel Lozano, pidiendo que tan pronto llegue la denuncia á manos del ministro, ordene la formación del expediente contra di-

chos director y administrador, por el robo por ellos cometido.

En todos los artículos que se venden en el Economato se nos roba el 50 y hasta el 100 por 100. Estos artículos son patatas, aceite, bacalao, tocino, carne, arroz, fideos, leche, vino, pimientos, uvas (ésta á o'80 pesetas kilo), y lo mismo en ropa y en cuanto se vende en dicho Economato, teniendo que pagar además al demandadero. El jabón y el hilo no lo hemos visto, y algunos, la mayoría de los penados, tenemos que lavarnos la camisa sin jabón.

La enfermería está completamente abandonada; el vino y la carne no la ven los enfermos, ni les dan cama; tiene que llevarse la suya para descansar. Los presupuestos para la reparación de obras del penal, se los comen y no hacen ninguna obra, á pesar de que cuando llueve los dormitorios se convierten en manantiales. Al preso que no se deja robar en el Economato y reclama lo que le corresponde, se le conduce á la Siberia, mejor dicho, á la tumba.

¿Comete delito, señor ministro, el preso que reclama lo suyo? ¿No? Entonces, ¿por qué se nos castiga?

¿No está ordenado que cada ocho días la Juuta visite el penal atendiendo las quejas que los penados le presenten por escrito para remitirlas al ministro? Pues nada de esto se hace.

La menestra que nos dan es poca y mala, guisada con agua clara.

El director martiriza al penado haciendo baldeos todos los días, lloviendo y sin llover; se nos obliga á pagar el taller, aun habiéndonos dado de baja, habiendo preso que ha tenido que vender dos camisas, pues el administrador le dijo: «O pagas los tres reales del taller ó tienes que estar castigado hasta que pagues.» Esto es un atraco; la bolsa ó la vida.

Si á consecuencia de este artículo soy interrogado por el juez, ya manifestaré todo cuanto he de exponer sobre estos bochornosos abusos. Se nos priva de leer periódicos diciéndonos que no está permitido. Lo que no está permitido será robarnos los alimentos que el Estado nos pasa, pero el robo sigue hasta la sepultura, pues por una caja á ataúd para un difunto, el Estado abona 15 pesetas, mientras el administrador paga 6'90, obteniendo un beneficio de 8'10 pesetas por cada preso que muere. Así se explica el abandono en la enfermería, puesto que hasta con la muerte hacen negocio.

Como no quiero que se me robe después de muerto, habiéndome robado tanto en vida, cuando muera, que será pronto, quiero que se me entierre sin caja.

Esperando, señor ministro, que hará justicia, si no fuera atendida esta mi justa petición dentro de los trámites legales, continuaré la campaña hasta conseguir la formación de la sumaria contra el director y administrador de este penal de Santoña.

JOSE CASTELLVI

Tierra y Libertad.

Os mozos

¡Qué triste está a aldeia
Qué triste e qué sola!
¡A terra sin frutos, á feira sin xente,
Sin brazos o campo,
Sin nenos a escola,
Sin sol o hourizonte, sin fror a semente!

A pedra y-as nubas
A sembra arrasando
Agoiran un ano de fame sombría;
Sin pan os labregos,
Sin herba pr'o gando.

Manadas famentas
De lobos monteses
¿Qué vay á ser d'eles n'a crua invernia?
Baixaron d'as chousas n'a coite calada
E postos en ringla,
C'os ollos acesos
Acenan d'os probes pr'a porta pechada...
Mozños honrados
De sangre bravia,
Ji o mal d'os petrucios fordes alleos,
Librádeos d'a morte,
¡Facey montería
N'os lobes da terra, nos lobos d'os ceos!
M. CURROS ENRIQUEZ

Para el labrador

El labrador debiera ser el hombre más dichoso de la tierra. Nace por lo general en el lecho donde nacieron y murieron sus abuelos, crece bajo el techo paterno y á la sombra de los árboles plantados por sus ascendientes, vive en la atmósfera de familia.

Cuando su brazo ha adquirido la fuerza suficiente, empuña el arado, surca la superficie de la tierra y siembra en ella la semilla. Todos los elementos de la Naturaleza le ayudan en su obra. La semilla brota y el fruto crece. Cuando se cansó de cuidar sus siembras, cuida de sus hijos en el hogar conyugal. El pan y legumbres que come son el producto de su cultivo. Produce casi todo lo que le es necesario, es un hombre semi-independiente. En el invierno descansa de las rudas faenas del campo, cuida de sus animales y educa á sus hijos. Su vida no es más que un eslabón entre sus antepasados y sus descendientes. No se cuida de los grandes sucesos que agitan al mundo, porque su hogar es todo para él. Allí están su mujer y sus hijos, sus animales y sus viveres. Su existencia es tranquila y ni la ambición ni el miedo turban su descanso. En su hogar no hay lujo, pero tampoco lo echa de menos; está satisfecho con ser lo que fué su padre, con dejar á sus hijos tanto como heredó.

Tal debiera ser la vida del labrador; pero ¡cuán diferente es! Del producto de su trabajo tiene que deducir, antes que nada, la parte que le corresponde para sostener y enriquecer á su cura (su párro-

co), y otra, no pequeña, para sufragar los gastos de su municipio que nada hace por él. Cuando sus hijos son crecidos y podrían ayudarle, se los arrebatan para el servicio de las armas. Antes de comer tiene que pagar las contribuciones á la Iglesia, al Gobierno y hasta al municipio. Si no le alcanza, le es forzoso empeñar sus fincas, ó cuando menos el producto de las futuras cosechas en manos de algún usurero. Este hombre que trabaja desde el amanecer hasta la noche, no tiene bastante que comer: él, que produce los mejores frutos, no puede disfrutar de ellos. Su hogar está frío y desmantelado, vacía su despensa, desnudas sus carnes y descalzos sus pies. Cria animales, y no puede utilizarlos; le es indispensable venderlos para sostener una iglesia avara y un gobierno suntuoso. ¿Veis esos hombres que habitan grandiosos edificios, poseen casas de recreo, dan costosos convites, se pasean en coche y tienen á su servicio gran número de criados? ¿Veis esos otros que visten de negro como el cuervo, que no ganan el pan con el sudor de su rostro, pero sí á costa de su prójimo; mantienen sus apetitos desordenados, que son conocidos por los grandes zánganos de nuestra sociedad? Pues todos esos hombres que nada producen, están más ó menos directamente sostenidos por aquel labrador que habita una humilde choza, trabaja medio desnudo á la intemperie y está tan escuálido como su mujer y sus hijos. Este hombre despreciado, abatido y desangrado, es el que mantiene la gente de gran tono, así como á los párrocos rurales, sanguijuelas que chupan todo lo que pueden; es el conducto activo por donde la sociedad absorbe al jugo de la naturaleza; es el instrumento que arranca la riqueza de la tierra; es el esclavo que trabaja, suda y muere para mantener á los llamados grandes señores. Si los labradores se declarasen en huelga, las grandes fábricas se pararian, en los mercados no habría comestibles y el comercio quedaría paralizado.

Y á esos hombres, que son para la sociedad lo que la locomotora para un tren del ferrocarril; á esos hombres, que producen todo lo más necesario para la vida, apenas les queda bastante para morir.

¿Con qué paga la sociedad á esos trabajadores tan grandes sacrificios?

Con el desprecio.

Esa máquina del trabajo no puede pedir auxilio á la religión, porque sus ministros son los primeros en esquilmarle; no pueden pedirlo al gobierno municipal, porque éste es su mayor opresor, y más aún cuando en ellos dominan los párrocos.

¿Qué ha de hacer? ¿Seguirá arrastrando su esclavitud y le dejará la miseria á sus hijos por toda herencia?

¿Llegará algún día el pueblo á gobernarse por sí mismo? Si, la época no tardará, porque entre los oprimidos hay ya la unidad de acción: en medio de su pobreza han comprendido lo que es la fuerza de las asociaciones.

La ilustración se extiende, aunque lentamente, y los días del despojo legalizado tocará pronto á su caso.

Labradores: unión y mucha unión, si queréis disfrutar de vuestros derechos y administrar vuestros intereses.

ANTONIO CAMPOS

(Teo), Buenos Aires, 3 Junio 1912.

HOJAS DEL DIARIO DE UN LOCO

¡¡HIPÓCRITAS!!

Siempre tuve prevención contra las buenas almas. Yo no sé si esos hombres excesivamente buenos serán únicamente maldecida estirpe de inhábiles para hacer el mal, que guardarán en las reconditeces de su pecho rencores y pasiones abominables. ¡Ay del día en que reaccionen!... Los crímenes de los bonachones deben ser horribles, como producto de los malos humores acumulados en el alma tiempo y tiempo. Ni más ni menos que los misóginos ó los que por cualquier causa se abstienen del necesario y dignificador placer carnal, que luego á la larga resultan invertidos, homosexuales, monstruos terribles en su lascivia que es explosión de furias contenidas, y como los jóvenes puros y morigerados que más tarde, por inexorable ley de compensaciones, degeneran en viejos verdes perseguidores de bailarinas y cantantes, sátiros perversos, corruptores de niños y otras lindezas.

El bonachón es un ser negativo, pasivo, sin energías, incapaz de seguir la corriente del progreso. Uno de los principales fines del educador debiera ser la total desaparición de esta casta fementida de hombres buenos. Es necesario abrir una compuerta á todas las pasiones, dejarlas que se asomen y revelen porque, siendo como son inevitables, si las acumulamos luchando con ellas neciamente, corremos el riesgo de que fermenten en nosotros y nos pudran el alma, y las almas podridas no tienen más remedio que cubrirse con la túnica de la bondad, túnica policroma cuyos colorines distraen las miradas inexpertas. De las pasiones dice Voltaire: «Son como los vientos que hinchán las velas de los buques; los surgen algunas veces, pero sin ellos sería imposible navegar». Así son los bondadosos; almas que no navegan, raquiticos espíritus que deberíamos arrojar á un vaile de desprecio desde el Taygeto de nuestras rebeldías.

No; no seamos buenos; seamos hombres... seamos malos, que así al menos no seremos hipócritas.

El hombre perfecto es una utopía. La maldad es fruto de las almas todas y de ellas sale poco á poco en pequeñas erupciones que, si son comprimidas, evitadas en cualquier forma, surgirán al fin y al cabo en explosiones ingentes.

El místico, el eremita, tienen el alma contagiada por la carne roída de tentaciones, y nosotros en nuestra bestial ce-

guera les llamamos puros. ¡Como si la pureza consistiera en sustraerse á los delitos del coito! ¡Como si no fuese más puro el que satisfizo sus instintos sexuales que el que está lleno de ansias feroces!

Venid, venid á hacer la disección de un alma.

No temáis... maneja con desembarazo el escalpelo. ¿Lo veis?... Bajo la blanchura impoluta de una superficie pulida por la educación y el fingimiento, hay hedores de estercolero, inmundicias y vilezas de lupanar, pariones ruines que ahogaron en sus vahos pestilentes unos gérmenes diminutos de nobleza que yacen latentes y como aletargados ante el peso de una amalgama de bajezas que se conjuran en su torno...

Pero no huyáis. ¿A qué os tapáis la cara, hombres buenos? ¿A qué repulgos y rubores de doncella, si esta alma es trasunto de la vuestra como acuñada por un troquel mismo?... ¿Por qué huis, si á pesar del disfraz de asnos, os vemos los colmillos?...
JULES ZADIG

Questión peliaguda

Para premiar á las tropas que prestaron servicio en el Congreso Eucarístico se les dió gratis una entrada para la corrida de toros.

Y así quedaron casados los toros y el clero, en una nación que gasta tres centenares y pico de millones en pagar á las gentes que rezan y 25 millones en toros.

Resultando de aquí, que entre los que se dejan coleta y los que se raspan la corona, se fuman el dinero que podría dedicarse á hacer de España una nación culta, ilustrada y próspera.

Pero, adelante; ¿quién repara en pelillos, aunque la cuestión sea peliaguda?

Sigamos dejando que nos tomen el pelo los trasquilados por el vértice y nos diviertan los de la coleta, y no tardaremos mucho en ver más pelados nuestros bolsillos que una bola de billar. Y viviremos al pelo.

El divorcio

La Iglesia lo autoriza y sostiene

Cánones de los Concilios

El divorcio actualmente sostenido por el clero español

Un caso concreto

Ahora que está sobre el tapete esta ardua cuestión, no me parece inoportuno hacer saber á los señores representantes del pueblo en la Cámara que deben rechazar sin apelación todo argumento antidivorcista de origen católico, basado en la moral eclesiástica ó con olor siquiera de procedencia clerical.

Quiero hacerles saber que en España —donde es bien conocido que la prepon-

derancia clerical asume proporciones de diez y ocho quilates—está aceptado, y sostenido, y defendido el divorcio, *per interés mismo del clero* y en sostenimiento precisamente de las ideas canónicas y de los fueros más ó menos parroquiales, arzobispales y papales.

En España, hoy, es el clero quien impone el divorcio.

Entiendo por divorcio absoluto, más libérrimo aún que el propuesto por el doctor Areco, un divorcio sin petición de ninguno de los cónyuges, con derecho á casarse cada uno de ellos, viviendo aún el otro cónyuge. ¿Es ó no es esto más terminante y efectivo que lo proyectado por el doctor Areco?

Pues bien; tengo en mi poder una carta, suscrita por el párroco de Puente Sampayo (Galicia) en 8 de Mayo de este año 1912, y dirigida á un vecino actual de Montevideo, gallego, casado en la parroquia de que es párroco el firmante (Pío Rodríguez), y en la que le notifica lo siguiente:

Que ha descubierto el parentesco que existe entre el señor avecindado hoy en Montevideo y su señora;

Que ha comprobado, revisando las partidas correspondientes al parentesco, en cuarto grado, que existe entre los cónyuges;

Que lo ha notificado al Arzobispo de aquella diócesis, y éste ha declarado nulo el matrimonio.

Aquí hay que tomar respiro.

El Arzobispo declara el matrimonio nulo. Pero el párroco dice á continuación que es necesario *revalidar* el matrimonio y dos veces repite la palabra *reválida*.

Señor párroco: lo que es nulo es lo mismo que si no se hubiera realizado. Lo que puede—y *debe* revalidarse según la Iglesia—es aquello que *ya fué válido* y más tarde se *re-valida* para subsanar defectos accidentales, no esenciales. De modo que si era nulo el matrimonio, necesitan los actuales cónyuges volver á casarse con todos los requisitos del arte eclesiástico, como si hoy fueran simplemente novios.

Después de haber tomado aliento, prosigo.

La Iglesia acepta, según consta de la carta del párroco, que pagando *veinte pesos* y yendo los dos cónyuges á Puente Sampayo, se subsanará el asunto *revalidando* el matrimonio. Pero si no pagan los *veinte pesos*, están divorciados.

Así no más, la Iglesia acepta é impone el divorcio, porque el flamante párroco Pío Rodríguez dice *textualmente* en un párrafo de su carta:

«...pues descubierto el impedimento, como fué nulo el matrimonio (ahora es nulo, pero pagando veinte pesos es revalidable y no nulo), *tú y ella sois libres para contraer matrimonio ó casarse con quien quiera, lo que sería una vergüenza*» (serían veinte pesos menos en las cajas eclesiásticas).»

De modo, señor Arzobispo, que dos

cónyuges, casados de buena fe, ignorando que son parientes *en cuarto grado*, están divorciados *de hecho*; divorciados por la Iglesia, con derecho á contraer ambos nuevos matrimonios, aunque tengan media docena de hijos en un hogar honesto... *¡á menos que paguen veinte pesos á las cajas parroquial, arzobispal ó papal...!*

¡Eso sí que es una vergüenza!

Figúrese el Arzobispo de la diócesis á que corresponda Puente Sampayo que el matrimonio viviera en España donde no hay, como aquí, posibilidad alguna de divorcio.

Figúrese luego que el marido, por esos caprichos que ustedes fingeu que malsuponen al que pide divorcio, aprovecha la ocasión impuesta por ustedes, y dice: «¡no pago, y me caso con otra!»

O figúrese que es ella la que, por igual causa, ó por liviandad—ó porque tienen muchísima razón uno y otro,—se hace el mismo razonamiento...

¿No es ese el divorcio pleno, amplísimo, autorizado por la Iglesia... *sub conditione* de pagarle los veinte pesitos de la referencia?

Tengo en mi poder los elementos necesarios para responder, si se les ocurriera objetar algo, que no lo harán.

Y pienso remitir bajo sobre un ejemplar de este artículo al magnífico y aprovechado Pío Rodríguez, párroco de Puente Sampayo, y otro al Arzobispo de la diócesis.

Dice el previsor Pío:

«Espero me contestes á vuelta de correo, expresando todo, *sin que tenga publicidad.*»

¡Qué miedo pecaminoso á la publicidad!

Esto debe servir, repito, á los defensores del divorcio en la Cámara, y además añadir que la iglesia ha aceptado siempre el divorcio.

En el *Concilio de Compiègne*, el año 757, canon IX, dice: «si un hombre libre se ha casado con una esclava creyéndola libre, puede casarse con otra mujer.»

Canon VI: «si un vasallo casado con una mujer del feudo donde él vive, la deja para marcharse á su primitivo señorio, y se casa con otra mujer, podrá conservar á esta última como legítima.»

Canon XIII: «si el marido permite que su mujer tome el velo de religiosa, él podrá casarse otra vez.»

Canon XVI: «si un marido leproso consiente en que su mujer se case con otro, puede hacerlo.»

(Esto ¿es ó no es *Derecho Canónico*?)

En el *Concilio de Frioul*, año 769:

Canon XVIII: «Los que se hallen en grados prohibidos serán separados y castigados con penitencias. Si es posible, vivirán si volver á casarse; mas si quieren tener hijos ó la vida del celibato les es *insuportable*, les será permitido casarse con otros.»

(Esto ¿es ó no es *Derecho Canónico*?)

Concilio de Verberie, año 753:

Canon IX: «si una mujer rehusa seguir á su marido á otra provincia donde va obligado, ella no podrá casarse con otro mientras el marido viva, pero el marido podrá escoger otra esposa.»

Podría seguir, y seguiré si me lo piden, pero interrumpo por dejar algún espacio á este sencillo comentario:

La Iglesia, en sus cánones por validez del Derecho Canónico, que siempre quiere ó intenta colocar sobre el Derecho Civil, ha aceptado el divorcio en todas las épocas.

Hoy mismo lo acepta, como queda demostrado, con el texto de la carta del párroco Pío Rodríguez.

¿Quién evitaría hoy el divorcio impuesto por la Iglesia al matrimonio á que se refiere el párroco (rigiéndonos por ley española?)

Sería el Derecho Civil, sería el registro, que estaría en contradicción y oposición con la Iglesia, impidiendo á ésta el divorciar á los cónyuges, á menos que allí se aceptase la ley de divorcio *de conformidad* con la Iglesia misma.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA

El Día. Montevideo, Junio 27 1912.

Acto civil

Mi querido D. José: El día 23 se celebró en esta levítica población el entierro civil del consecuente librepensador don José Duce García, y el acto, primero de esta índole, revistió los caracteres de una gran solemnidad, pues á él asistieron más de un centenar de personas.

Para sufragar los gastos de entierro, lápida, corona, etc., se ha abierto una suscripción entre los correligionarios y va dando los resultados apetecidos.

Presidimos el acto los hijos del finado, el concejal Santiago Alonso, dos amigos de la casa y el que suscribe.

La semilla vertida por el pobre Duce va á ser fructífera, pues todos se hacen lenguas del orden con que el acto se verificó y del elocuente discurso pronunciado por Santiago Alonso antes del sepelio.

Le agradecería que, para honra de todos, diese usted noticia del acto.

Su amigo

CALIXTO HERNANDEZ

Aloalá de Henares.

Chasco gracioso

Llegó un fraile á un pueblo, y no teniendo donde alojarse llamó á una puerita pidiendo albergue.

—¡Ave María!...

—¿Quién llama tan á deshora?

—Soy yo, hermana; voy de camino hacia un lugar próximo á ejercer mi sagrado ministerio y no quisiera pasar la noche á la intemperie.

—Pase usted. Le advierto, padre, que somos muy pobres, y no podremos tratarle como quisiéramos...

—Eso no importa; ¿cuántos son ustedes de familia?

—Tres; mi marido, yo, y una hija de veinte años que...

—¿Será religiosa?

—Y guapa y amante de sus padres.

—Bien, muy bien. Me quedaré aquí esta noche. Nuestro Señor Jesucristo vivió siempre en la pobreza y yo debo imitar su ejemplo.

—Como usted guste.

El cura se acuesta. Al poco rato se levanta y recorre la casa en calzoncillos; vueltas por aquí, paseos por acá y nada. Al fin decide jugarse el todo por el todo y grita:

—¡Eh, señora!...

—¿Quién viene á molestarme otra vez?

—Soy yo, su huésped.

—¡Ah! ¿es usted, padre? ¿quiere algo, se encuentra enfermo?

—No, es que me parece haber oído gemidos...

—Pues no sé quién pueda ser...

—Quizá se haya puesto mala la niña.

—¿Qué niña?

—La de veinte años.

—Padre, ¡pero si está sirviendo en Madrid!...

Al día siguiente, cuando la seña Evarista fué á llevarle el chocolate, el fraile había desaparecido como por encanto.

JOSÉ LUIS CORRAL

Biblioteca de la Inquisición

Se ha puesto á la venta el tomo titulado:

DESPOJO, INFAMIA Y HOGUERA

Relación de autos de fe celebrados en Córdoba, comentados por el Licenciado Gaspar Matute y Luquín.

EN PRENSA

AUTO GENERAL DE FE CELEBRADO EN MADERID EN 1680.

Descrito por José del Olmo, alcaide y familiar del Santo Oficio.

Este auto es el más memorable de cuantos celebró la Inquisición en España.

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos cada colección.

Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

buenas ostras, buenos vinos y unos cuantos amigos de ambos sexos con que pasar el rato, estaba en sus glorias sin deber nada a nadie y sin que los curiosos desocupados se metieran en si hacía esto ó hacía lo otro.

Pero Benedicto se cansó de ser útil a sus semejantes, y viendo que los negocios del mundo y sobre todo la causa del Señor no iban derechamente como era debido, tuvo una felicísima inspiración y fué convenirse con los otros dos Papas, Juan y Silvestre, en arreglar juntos las cosas de la cristiandad. Convinieron, repartieron las rentas, y como buenos amigos echaron sobre sus hombros la pesada carga de salvar las almas por terceras partes.

El uno vivía en San Pedro, el otro en Santa María la Mayor, y el otro en San Juan de Letrán.

Esto duró hasta que otro sacerdote, no menos ingenioso y aritmético, echó sus cálculos, vió que aún se podía sacar más partido de los elementos del Pontificado, y comprando, es decir, negociando los títulos que los tres Pontífices tenían, los indemnizó liberalmente de ellos y se sentó en la Silla de San Pedro con el nombre de Gregorio VI.

A éste sucedió Hildebrando, que llamándose Gregorio VII dejó glorioso nombre en la Historia.

Había ideado recabar para los Pontífices el dominio universal de la tierra, y si no gozó del triunfo completo de su idea, no debe achacarse á falta de actividad de su parte.

No se anduvo con melindres cuando se trató de lanzar anatemas contra todo bicho reinante; no retrocedió ante la formidable tarea de tener encendidas numerosas guerras en Europa; Italia y Alemania bendijeron su nombre en medio de los incendios, las muertes violentas y la atroz carnicería que eran indispensables para realizar los designios de la Providencia al Pontífice encomendados; el emperador de Alemania se convenció á pesar suyo de su poco valer al verse por Gregorio excomulgado y desposeído del título de rey; los pueblos le agradecieron que los absolviese del juramento de fidelidad que tenían hecho á sus príncipes; los príncipes se sublevaron en favor de todas las causas justas, absueltos por él de antemano, y al fin el rey reconoció que había sido un tarambana, y en lo fuerte del invierno, en camisa, con los pies desnudos, unas tijeras en una mano y una escoba en la otra, tuvo que ir á pedir el debido perdón al Papa.

Adriano, hijo de un mendigo inglés, supo armonizar delicadamente la humildad de su origen con la alteza del Pontificado, y para dar muestra de ello, mandó en cierta ocasión que le tuviera el estribo el emperador Barbaroja, y dispuso que le fuese entregado un faccioso conocido por Arnaldo de Brescia, á fin de quemarle vivo, porque había promovido abominables escándalos, vociferando sin ton ni son contra el lujo de los sacerdotes y los supuestos vicios de los Papas, siendo así que no tenía autorización de Dios para cosas semejantes.

¿Y Alejandro? Alejandro fué ejemplar en dar á los reyes la justa medida de su inferioridad ante los Papas.

El emperador Federico tenía á su hijo Odón prisionero de los romanos, y bajo el especioso pretexto de ser padre, hizo suplicar al Pontífice que le levantase la excomunión.

Alejandro no quiso nunca ser cruel, y aprovechando aquella coyuntura para mostrar al mundo que nada nos asemeja tanto á Dios como la clemencia, dispuso que el emperador fuese á pedirle perdón en presencia del pueblo congregado, indicándole que se había de presentar sin manto ni corona y con una varita en la mano, y que al llegar á sus pies tuviese la cortesía de besar el suelo.

Así lo hizo el emperador, en extremo reconocido á la molestia que el Pontífice se había tomado en arreglar aquel ceremonial, y á la puerta misma de la Iglesia aplicó el rey la faz en el suelo.

Entonces el Pontífice le puso el pie en el cuello, y en honra y gloria del Pontificado, profirió las famosas palabras: «pisarás al áspid y al basilisco y aplastarás al león y al dragón.»

Celestino III fué acusado falsamente de avaricia, sólo porque el emperador Enrique IV le pagó, es decir, le mostró su agradecimiento con cierta cantidad de oro.

El Papa había perdido mucho tiempo y había hecho valer sus relaciones para que Enrique alcanzase la corona, y si bien Enrique descubrió ser un perverso, no lo fué tanto que de un modo ú otro no quisiera dar á conocer á Celestino III cuán obligado le dejaba.

Como no nos mueve la pasión, no disculparemos aquí á aquel soberano.

Cierto que hizo desenterrar el cadáver de Tancredo para mandarle cortar la cabeza por mano del verdugo; cierto que al hijo de este, Guillermo, de muy pocos años, le mandó sacar los ojos, después de haberle infertilizado; cierto que al conde Jordán le condenó á un suplicio horrible, haciéndole sentar en una silla de hierro enrojecida al fuego y hacién-

dole ceñir una corona de hierro ardiendo que le fué clavada en la cabeza misma; pero el Pontificado no tenía que ver con esto: el soberano temporal no tenía que ver con él sino el haberle comprado, es decir, el haber recibido de él la corona.

Inocencio III hizo predicar cruzadas contra los infieles; supo atraer á las arcas pontificias el oro que en manos de los seglares les facilitaba medios para pecar, y tuvo tratos con Saladino, para que los Santos Lugares no fuesen á parar á manos del emperador de Alemania.

En ese Pontífice se ha ensañado la secta impía, derramando sobre él todo género de calumnias.

Porque fué sagaz le han llamado hipócrita: porque fué despreocupado, le han hecho aparecer como sacrilego!

¿Necesita, empero, defensa ante la opinión sensata del mundo católico? No.

Basta decir que á él debe el cristianismo el establecimiento del tribunal de la Inquisición; á él se debe la gloriosa cruzada contra los herejes albigenses; él desposeyó de sus Estados á Raimundo VI, conde de Tolosa; él dió al patriarca Santo Domingo el encargo de que dejase á los valdenses persuadidos y desengañados, ó extinguidos si era menester, por el hierro, el fuego y cualesquiera otros medios eficaces.

Tributemos de paso el debido honor al patriarca Santo Domingo, que entró en Beziers con la imagen del Crucificado en una mano y una antorcha en la otra, y enardeció con su elocuente peroración á los cruzados, de tal manera, que la ciudad quedó reducida á impii pavesas, y debajo de ellas perecieron sepultados sesenta mil herejes.

Los ejércitos de la fe penetraron igualmente en Tolosa, Carcasona, Alby, Castelnaudary, Narbona, San Gil, Arlés, Marsella, Aix y Aviñon, y en todas partes dejaron muestras de que no iban impulsados por esos mezquinos sentimientos terrenales, que apenas sirven para cosa de provecho, sino por la fe divina, por aquella virtud sobrenatural que ha producido las guerras más maravillosas y poéticas que registra la Historia.

Entonces si que, ¡estoy seguro de ello! entonces si que el Pontificado iba extendiendo la civilización y la cultura por el Occidente de Europa.

Y Raimundo de Tolosa tuvo que prestar el debido homenaje al representante

(Continuad).